

«Dejad que los niños...

SINITE nació con vocación infantil o, al menos, con un lema — nite párvulos...”— que es todo un deseo y un programa de sicio a la infancia. Este deseo no se ha visto satisfecho de una ma explícita ni concreta a través de la ya larga historia c revista. Es cierto que la presencia del niño está en ella como constante, y que él es el protagonista primero y principal de las preguntas y respuestas que aquí nos hacemos sobre educ y sobre escuela cristiana; es cierto también que en más de ocasión ha sido la educación infantil la que ha “inspirado” o zado las líneas fundamentales de la programación de sus núr. Pero, si la memoria no nos falla, ninguno ha estado dedi siquiera con cierta preferencia, al mundo infantil.

Por eso, ahora, nos acercamos al mundo de los niños comprometidos con esa deuda y motivados por una feliz circunstancia. La celebración del "Año Internacional del Niño" es la circunstancia que nos empuja a adentrarnos en el mundo de la infancia con el alma en vilo, con el espíritu transido de exquisito respeto y con el corazón decididamente impregnado de amor y de esperanza. Pues nuestro mundo —la cultura, la educación o la política...— tiene necesidad de pensar y de sentir también al ritmo de la infancia, quizás porque se olvida de que su modelo cultural no tiene cabida suficientemente el mundo infantil: porque las preocupaciones —las grandes preocupaciones de los mayores— no se han tomado con la seriedad y el respeto necesarios el mundo de los niños; porque los grandes manifiestos a favor de la infancia no pasan de meros alegatos o declaraciones grandilocuentes, grandes proclamas que si pretenden una concienciación progresivamente intensa de organismos, entidades y personas... a la hora de la verdad se quedan en principios teóricos sin arraigo.

- porque nuestro mundo tiene tendencia a acordarse de los niños
- también para favorecer el consumo, para manipular sus deseos o para crear necesidades más o menos ficticias en lugar de favorecer el desarrollo y promocionar la personalidad de los pequeños;
- porque nuestra cultura occidental arrastra, todavía, una imagen educativa en la que sigue pesando el conjunto de deberes pensados, queridos y dirigidos por los adultos, en lugar de tomarse en serio, de una vez, esos derechos del niño, que saltan a los medios de comunicación —¿también a las conciencias de las personas?—, en ocasiones especiales, en circunstancias obligadas o en celebraciones programadas desde arriba;
- porque, quizás, estamos colaborando entre todos a construir un mundo a la medida del adulto, matando todo aquello que signifique imaginación y gracia, gratuidad y poesía, y porque, al mismo tiempo, estamos haciendo respirar a los niños un ambiente intoxicado por nuestro interés, por nuestro materialismo y por nuestra carencia de ideales elevados y nobles.

Por todo ello es urgente que nos concienciamos ante los problemas que afectan a los niños y seamos más sensibles a sus necesidades. Que busquemos un sitio en nuestras preocupaciones de adultos a quienes llamamos, con palabras sonoras pero tal vez vacías, "el futuro de la humanidad" o "la esperanza de la Iglesia". Que afinemos nuestra sensibilidad educadora para colaborar con ellos a que su proceso educacional no esté interferido por nuestras pre-

ocupaciones demasiado "adultas" o abrumado por nuestras exi-
cias tan improcedentes como inadecuadas.

Y como educadores cristianos hemos de reivindicar, desde
páginas, los derechos de los niños, derechos que por pertene-
ceres indefensos y delicados necesitan una extremada protec-
ción. Y, entre esos derechos, hemos de defender el derecho a la fe de
todo niño es sujeto. En un mundo secularizado y donde, al m
aparentemente, el hecho cristiano va teniendo cada vez m
relevancia; en una sociedad y en una cultura que no favor
la vivencia de los valores cristianos, los educadores de la fe h
de sentirnos impelidos a proteger al menos el ambiente de
niños "creyentes" y a defender con tanta valentía como tacto
delicadeza el derecho del niño a encontrar un ámbito en el
la religión y la fe sean valores aceptados y vividos, y a ti
de los cuales pueda ir configurando, también, su personalidad.

Por eso invitamos, apremiamos, mejor, a los educadores
cristianos a:

- estar atentos al ejercicio de ese derecho infantil cuando
traduzca en "pregunta sobre Dios". Faltaríamos gravemente
a nuestra misión educadora si no estuviéramos creando,
a día, un ámbito en el que la pregunta sobre Dios brota
manera natural, espontánea. Si cerráramos la puerta a la
miración ingenua, al interrogante o a la sorpresa..., n
festaciones todas ellas de esa necesidad de Dios y de ese c
cho ineludible a la fe;
- ser sensibles, al mismo tiempo, a la necesidad que tienen
niños a ser respondidos. Al derecho a una respuesta que
sea fácil, cómoda, engañosa o de circunstancias. Que no re
el interrogante atrevido, la curiosidad ingenua, la observaci
que nos sorprende o la experiencia religiosa del niño que
desprevenida a nuestra fe rutinaria, a nuestro cristian
ocomodaticio;
- procurar la creación de un clima en el que la fe de los ni
florezca sin el peligro de la axfisia, sin deseos de maduraci
prematura, dejando que sea flor todo el tiempo necesario
imponer ritmos fáciles para la andadura del adulto pero
posibles de seguir para quienes aprenden aún a andar,
quienes caminan todavía con pasos vacilantes;
- ofrecer un clima de acogida y un lugar en el que la fe
viva, operante, contagiosa y cercana. Tan cercana que sea
clauso palpable, envolvente. Por eso la comunidad crist
a nivel familiar, parroquial, escolar... ha de hacer un sitio
los niños; y no tan sólo esporádica o momentáneamente,

de manera habitual: un lugar en el que se respire fe, esperanza y amor; un lugar en el que la presencia de Dios, a través de la fe, viva en Cristo Jesús, sea como la tierra, el humus donde arraigue la religiosidad infantil y donde crezcan y maduren, a su ritmo y en su momento, las actitudes básicas cristianas;

- sensibilizarse, sobre todo, al hecho de que educar en la fe a los pequeños no es tarea fácil, algo que se despacha con una respuesta prefabricada, con una “mentira piadosa” o con la nefasta costumbre de presentar ante los admirados ojos de los niños una fe no precisamente infantil, sino peligrosamente infantilizada.

Las reflexiones que brindamos en el presente número, a través de los artículos y de algunas experiencias, pretenden, por tanto, sensibilizar a los educadores cristianos acerca de las situaciones de fe que viven los pequeños. Desde la amplia reflexión sobre “el derecho del niño a la fe” hasta la sensibilidad del que escucha “la fe de los niños hecha palabra o grito”; desde la consideración de “las etapas o momentos claves de la fe infantil” hasta la preocupación del adulto cristiano por introducir al niño en la “comunidad de creyentes”; desde la adecuada práctica de una “educación religiosa escolar” hasta el testimonio de “la fe vivida en el seno de la familia”. Todo ello, con el deseo de servir a ese delicado proceso que significa toda catequización infantil.

Servicio a la fe de los niños que tiene inevitablemente una honda repercusión en el adulto. Este no ha de estar tan sólo atento a elaborar una sana pedagogía para “acompañar” al niño en su itinerario cristiano ni tampoco a responder, desde su seguridad de adulto, a las cuestiones que la incipiente fe de los niños le planteen. Estar atentos a la fe de los niños es, al mismo tiempo, sentir irremisiblemente el impacto de su sencillez y lo agudo de su interrogante. Es, sobre todo, sentirse interpelados y reenviados al núcleo más hondo de su fe de adultos. La fe de los niños obliga a los adultos a reflexionar sobre sus actitudes vitales, sobre sus dudas o sobre sus seguridades, sobre el porqué de tantas cosas olvidadas de puro sabidas. La fe de los niños no es solamente un recuerdo y una candorosa imagen de lo que fue nuestra fe de infancia. La educación de la fe infantil no es, tan sólo, una preocupación por la fe y por el niño: supone, también, una honda preocupación por la fe adulta, por la fe del que responde y del que pretende acompañar. Pues en frase de Reinmar Tschirch, “en muchas preguntas infantiles se oculta, en clase, una cuestión adulta que espera ser solucionada”.

Todo esto implica, finalmente, que la tarea catequética con niños no es un "proceso unilateral", una acción referida tan sólo o primordialmente a ellos; el proceso es doble, y la tarea educativa presenta, también, otra vertiente. Los niños inciden con una fuerza enorme en la actitud creyente de los adultos. La educación religiosa se convierte, así, en una reeducación de la fe adulta, e incluso una ocasión para un reencuentro con la propia fe. Lograr esto es un pequeño servicio a la fe de los pequeños. Es, quizás, el más importante.